

cilación; hoy lo hago con la resolución del hombre que obedece á un designio que nada tiene qué ver con el deseo de especular. Este cambio de disposiciones lo debo, principalmente, á algunas felices relaciones que he adquirido desde mi última permanencia en París. Una de las que me llenó de más sorpresa y de más gozo fué la vuestra; me acogisteis como pudiera un antiguo é íntimo amigo. Sin haber asistido jamás á la representación de ninguna de mis óperas en Alemania, estabais familiarizado desde largo tiempo, por una atenta lectura, con mis partituras y (según me habéis asegurado) satisfecho de este comercio. Su conocimiento había excitado en vos el deseo de ver representar mis obras, inspirándoos el pensamiento de que sus representaciones podrían producir en el público parisiense un efecto favorable y acaso saludable tal vez. Habéis contribuido más que otro alguno, á inspirarme confianza en mi empresa; excusadme si, en recompensa de tan delicadas atenciones, os he infligido la fatiga de leer estas explicaciones demasiado difusas, así lo temo; perdonadme el celo, excesivo quizá, que he empleado en contestar á vuestros deseos; perdonadme también el haber intentado dar á los amantes de mi arte, que se encuentran aquí, una idea de mis miras, que hubiera deseado exponer con más claridad, pues no tengo derecho á que vayan á buscarla en mis escritos sobre el arte publicados en otra época.

RICARDO WAGNER.

París, 15 setiembre, 1860.

## RIENZI

OPERA EN CINCO ACTOS

010789

## PERSONAJES

---

RIENZI.

COLONNA.

ORSINO.

RAIMUNDO, legado del Papa.

BARONCELLI.

CECCO.

ADRIANO.

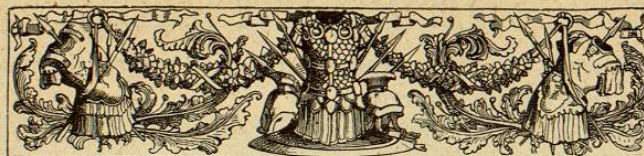
IRENE.

UN MENSAJERO.

Pueblo, soldados, nobles, sacerdotes, etc.

---

En Roma, á mediados del siglo XIV



## ACTO PRIMERO

Una calle.—En el fondo, la iglesia de San Juan de Latrán.—  
Á la izquierda, la casa de Rienzi.—Es de noche

### ESCENA I

ORSINO, varios nobles; después IRENE

ORSINO (*entrando*).—¡Ea! amigos! aquí es! valor! arrimad la escala á ese balcón! (*Dos nobles apoyan una escala en la casa de Rienzi, y entran por la abierta ventana.*) Apuesto á que todo el mundo envidiará mi conquista.

(*Salen los dos nobles de la casa, arrastrando á Irene.*)

IRENE.—¡Socorro! socorro! cielos!

NOBLES.—¡Qué gusto robarles sus mujeres á esos viles plebeyos!

IRENE.—¡Infames! ¡qué deshonra!

ORSINO (*á Irene*).—¿Por qué tanto gemir, niña? Quiero cambiar tu triste suerte.

IRENE.—¡Ah! ¡dejadme!

NOBLES.—El terror que descolora su rostro, da mayor realce á sus atractivos.

ORSINO.—¡Partamos!

(Orsino y sus partidarios se disponen á llevarse á Irene, cuando aparece Colonna con inmenso séquito.)

## ESCENA II

COLONNA, sus partidarios; después ADRIANO, y luego el pueblo

COLONNA (á Orsino).—¡ Henos aquí! ¡ abre paso!

ORSINO.—¡ Necia osadía! ¡vana amenaza!

LOS DE COLONNA.—¡ Ay de vosotros!

LOS DE ORSINO.—En fila todos.

COLONNA.—¡ Á nosotros la hermosa!

ORSINO.—¡ Recibe tu castigo! (Combaten.)

ADRIANO (sale, seguido de algunos partidarios).—¿ Qué hacéis? (Divisando á Irene.) ¡ Ah! ¡ pronto, alerta! Irene! ¡ gran Dios! ¿ quién te roba? ¡ malditos! plaza al defensor. (Abrese paso hasta Irene, y la defiende.)

COLONNA.—¡ Tuya es, digno hijo mío!

ADRIANO (á Irene).—¡ Cuenta conmigo! ¡ cesen tus alarmas!

ORSINO.—¡ Valiente sostén de las mujeres! ¡ Yo sabré reconquistar mi bien!

(Adelántase hacia Adriano, quien defiende á Irene.)

COLONNA (á los suyos).—¡ Heridles! heridles!

TODOS.—¡ Á las armas!

(Nuevo combate.—Un grupo del pueblo se precipita entre los combatientes y les obliga á suspender las hostilidades.)

PUEBLO.—¿ Qué rumor es este? ¡ ah! ¡ calmaos! ¡ haced las paces!

ORSINO.—¡ Acero en mano!



LOS DE COLONNA.—¡Nada de perdón! ¡harta es su audacia!

(*El pueblo armado de piedras, palos, martillos, separa á los nobles.*)

### ESCENA III

Los mismos, RAIMUNDO seguido de algunos sacerdotes;  
después RIENZI, BARONCELLI, CECCO

RAIMUNDO (*saliendo de la iglesia*).—¡Hermanos! ¡tregua al combate! la paz ha de reinar entre vosotros.

COLONNA.—¡Paz, dices! aparta de aquí, y déjanos tú en paz.

RAIMUNDO.—¡Cómo! ¿me provocas?

ORSINO.—¡Vete, hermano, á rezar tu misa!

RAIMUNDO.—¡Temerario! ¡á mí, al legado del Padre Santo!

COLONNA.—¡Procura callarte!

PUEBLO.—¡Ah! ¡qué impio!

NOBLES.—¡Ea! ¡vete! ¡estamos prestos!

(*Violento tumulto.—Aparece Rienzi, seguido de Cecco y Baroncelli.*)

RIENZI.—¡Silencio! (*Al pueblo.*) ¡Cómo! ¡olvidais todos el juramento que nos une! (*A la voz de Rienzi el pueblo se aparta en seguida.—Los nobles parecen sorprendidos del imperio de Rienzi sobre el pueblo y de la rapidez con que éste le obedece.—A los nobles:*) ¡Por vosotros se ve envilecida la Iglesia, cuando su mano os protegía! (*Irene se ha refugiado en los brazos de Rienzi. Éste, percibiendo la escala apoyada junto al balcón, parece comprender lo que ha ocurrido.*) ¡Sí! ¡sólo con ver vuestras obras, se os conoce! ¡Urdir detestables tramas para robarnos nuestras hijas y nuestras mujeres! ¿qué más os falta ya? ¡Roma, antaño señora del universo, entre-

gada hoy á los perjuros, insulta la Santa Sede! El Padre Santo se aleja; Aviñón le protege. Al llegar la Fiesta de los Ramos ya ningún peregrino franquea el recinto de nuestra santa villa; y mustia, pobre, expuesta á todos los males, Roma vacila. Todos los bienes nos abandonan á la vez. ¡Por do quiera, infamias y homicidios! las leyes pisoteadas! ¿Cuál de vuestros monumentos deja de recordaros en bronces ó mármoles, la ciudad grande y libre, donde cada ciudadano reinaba á orillas del Tíber? ¡Responded, pérfidos! ¿queda aún un Romano?

PUEBLO.—¡ Viva Rienzi! ¡ gloria á él!

NOBLES.—¡ Qué desdén! ¡ vaya una audacia!

ORSINO.—Imponedle silencio.

COLONNA.—¡ Dejadle hablar! ¡ vanos proyectos!

ORSINO.—¡ Rebelde!

COLONNA.—¡ Ah! ¡ Ven á mi palacio, allí mis criados te darán el premio digno de tu elocuencia!

NOBLES. (*Juntos.*)—¡ Ah! ¡ pobre loco! ¡ tiene gracia! ¡ como si fuese un gran señor! ¡ el desdén castigará sus aires de noble paladín!

BARONCELLI, CECCO, EL PUEBLO.—¡ Un soplo nos bastaría para vengarnos de su desdén!

RIENZI (*al pueblo*).—¡ Calma, amigos, calma, pues la fortuna puede abandonarles mañana! (*Conteniendo al pueblo.*) ¡ Quietos! ¡ la lucha es inútil!

ORSINO (*á Colonna*).—¡ Vaya! cese este vil debate. ¡ Prestos estamos; al combate!

COLONNA (*á Orsino*).—¡ Delante la vil plebe, no! Al alba, en las puertas de la ciudad.

ORSINO.—Iré al amanecer.

COLONNA.—¡ Diez contra diez! ¡ ciento contra ciento!

LOS NOBLES.—¡ A las armas! sin clemencia! á las armas! frente á frente! allí estaremos!

LOS ORSINO.—Por Orsino.

LOS COLONNA.—Por Colonna.

(*Salen.*)

RIENZI.—¡ Por Roma! (*Al pueblo que se agrupa en torno suyo.*) ¡ Amigos! ¡ Mañana se cerrarán nuestras puertas en pos de sus cohortes!

RAIMUNDO.—¡ Rienzi! ¿cuándo podremos erguir nuestras frentes, abatidas por el oprobio?

BARONCELLI.—¡ Rienzi! Roma gime en los hierros, ¡ qué males nos resta sufrir?

CECCO.—¡ Cuánto tarda la hora de sacudir el fatal yugo!

PUEBLO.—¡ Dinos la verdad, Rienzi, y serás obedecido!

RIENZI (*aparte á Raimundo*).—Noble prelado; ya conocéis mi plan: ¿ puedo contar con vos?

RAIMUNDO.—Sigue adelante, sin temor; el cielo apoya tu santa causa.

RIENZI (*al pueblo*).—¡ Llegó el momento! Nuestros enemigos van á salir de Roma. Volved en paz á vuestras moradas; teneos dispuestos, la hora se acerca. Al tercer toque de trompeta empuñad las armas y no olvidéis que sois descendientes de los verdaderos romanos.

PUEBLO.—¡ Bendito sea el día que vengará tantas desdichas!

RAIMUNDO.—En nombre del cielo ofrezco mi tributo á la santa obra de salvación.

CECCO, BARONCELLI, PUEBLO (*á Rienzi*).—Juramos ser-te fieles; miramos por Roma y nuestra libertad.

(*Dispérsanse todos con calma, saliendo por diferentes lados. Quedan solos Adriano, Rienzi, é Irene.*)

#### ESCENA IV

RIENZI, ADRIANO, IRENE

RIENZI (*estrechando á Irene en sus brazos*).—¿ Qué han hecho, hermana? dime ¿ quién levantó la mano contra ti?

IRENE (*señalando á Adriano*).—¡Perdonémosle! Ahí tienes al defensor de tu hermana.

RIENZI (*contemplando á Adriano*).—¿Y á qué se debe tu celo?

ADRIANO.—Mi sangre, mi alma hubiera dado... ¿No me conoces, Rienzi? ¿por qué esa duda que me asombra?

RIENZI.—¡Por qué esta duda! ¿no perteneces á la causa de Colonna?

ADRIANO.—¡Cielos! ¡ese nombre me estremece! Descúbreme tu pensamiento entero, manifiéstame tus designios; ya sabes que no puedo odiarte. Dime ¿á qué empresa destinás tu brazo, que todo lo puede doblegar?

RIENZI.—Quiero que este pueblo recobre al fin su libertad y alce con orgullo la abatida frente.

ADRIANO.—¡Intentas verter nuestra sangre toda! Oye... ¿á qué separarme de ti? ¡Sin duda conoces mi celo; siempre he seguido tu ley, aun cuando para abrirte camino buscabas indignos medios en el favor de la plebe y en la ruina y la sangre de los míos!

RIENZI.—¡Sangre has dicho! ¡sangre! ¡no lo recuerdes! ¡Yo la he visto correr! ¿Quién hirió, en la vía Apia, á mi tierno hermano mientras cogía flores para Irene? ¿quién hizo befa de tan infame homicidio? ¿quién rehusó justicia a mi dolor?

ADRIANO.—¡Odioso crimen! Fué un Colonna.

RIENZI.—¿Te acuerdas? ¿qué daño les había hecho á los patricios aquel niño gracioso? ¡dí, descendiente de tan noble raza! Vi caer gimiendo á mi hermano, y estas manos se bañaron en su sangre. ¡Con esto juré vengarme y he de cumplirlo!

ADRIANO.—¡Oh inclemente! ¿Qué podré hacer para calmarte?

RIENZI.—Procura ser hombre, y digno de Roma.

RIENZI É IRENE. (*Juntos*).—Su alma noble y altiva es

digna de un romano; su brazo es el sostén de la obra augusta y santa. Puedes amarle sin temor; su corazón responde al mío.

ADRIANO.—Mi alma noble y altiva es alma de romano; mi brazo es el sostén de la obra augusta y santa. Puedes amarme sin temor; mi corazón responde al tuyo.

RIENZI (*á Adriano*).—Debo partir; la hora se acerca. Hermano mío, vela por tu amada. Ya tu valiente brazo la defendió. Al fiarla á tus cuidados te doy una prueba de mi aprecio y confianza. (*A Irene*.) ¡Hermana, adiós! la hora se acerca.

## ESCENA V

IRENE, ADRIANO

ADRIANO.—Se aleja y te fia á mis cuidados; ¿tienes igual confianza en mí?

IRENE.—Tu cariño me envanece; en ti fundo mi esperanza toda.

ADRIANO.—Y no obstante, pensando en tu hermano ¿no temes que el odio eleve una barrera entre los dos?

IRENE.—Ahuyentémos tan horrible duda. ¿Recordabas acaso este odio, pensabas por ventura en tu grandeza cuando tu brazo, salvándome, vengó á la hermana de un plebeyo?

ADRIANO.—¡Tus palabras evocan el destino que nos espera! Tu hermano tiene un noble corazón. No obstante, veo amenazador el porvenir. ¡Ese pueblo se le mostrará rebelde; los nobles serán rápidos en herir! ¿Cuál ha de ser tu destino? ¡apenas oso pensarlo! Lo demás nada me importa; toda mi esperanza se cifra en ti.

IRENE.—¿Y si triunfásemos?

ADRIANO.—Irene... Temo que la suerte te sea adversa; pero el amor me encadena á ti hasta la muerte.

(*Juntos.*) Si el destino severo nos obligara á odiarnos, solo deseo abandonar la tierra; y lejos de tan funestos sitios, unirme á ti eternamente en las celestes moradas.

(*Irene y Adriano permanecen en mudo éxtasis.—Empieza á amanecer.—Oyese, en lontananza, un toque de trompeta.*)

IRENE (*como saliendo de un ensueño*).—¿Qué oigo?

ADRIANO.—¡Es el despertar! (*El ruido se acerca.*)  
¡Triste seña! el pueblo correrá á las armas!

## ESCENA VI

Pueblo; después RIENZI, RAIMUNDO

(*Sale un trompetero, tocando llamada.—De todas las calles y casas sale el pueblo gozoso, invadiendo la plaza.*)

CORO.—¡Salve, brillante día; despierte Roma de su largo sueño!

(*A los primeros destellos de la aurora iluminase la fachada del templo.—Oyense los acordes del órgano.—La muchedumbre se arrodilla.—Del interior del templo, cuyas puertas están cerradas, se oye el coro siguiente.*)

CORO (*en la iglesia*).—¡En pié! llegó la hora; el cielo llama á sus elegidos! ¡Álzate, Roma, del negro sepulcro; sobre ti luce más propicio sol; la noche abre paso á tu fulgor, aurora de la libertad!

(*El pueblo ha permanecido de rodillas.—Las puertas del templo se abren y dejan ver á una multitud de sacerdotes y monjes de todas las órdenes.—Aparece Rienzi, en compañía de Raimundo.—Va completamente armado, y descubierta la cabeza.—Al verle, el pueblo se levanta y le acoge con el mayor entusiasmo.*)

CORO.—¡Rienzi! ¡nuestro salvador; único vengador de nuestras afrentas!

(*Rienzi desciende del templo á la plaza.*)

RIENZI.—¡Roma, Roma, levántate! ¡renace! ¡sé libre, pueblo rey! ¡Sepamos defender nuestros derechos; no más esclavos, no más señores! ¡Obedezcamos á nuestras leyes; expulsemos á los traidores! Valientes soldados, estrechad vuestras filas; cerrad las puertas á los tiranos, pero dejad paso al hombre libre, cuyo corazón vibra conmovido. ¡Abrid un suelo hospitalario á los peregrinos del mundo entero; todos los que observen nuestras leyes, serán amigos del pueblo-rey! ¿Juras seguirla, pueblo romano?

PUEBLO.—Rienzi, noble héroe; recibe nuestros leales juramentos. Sí; te juramos fe, homenaje y Roma, grande en su principio, volverá á ser lo que fué. ¡Afrenta y maldición al que venda el santo pacto que nos une! ¡Tu pueblo escuchará tu voz, para recobrar su antigua libertad!

CECCO.—Dí, pueblo, ¿quién te ha salvado, quién no cejó ante nada para ti? ¿quién te ha hecho dueño de proclamar por donde quiera tu ley? ¿quién te hizo renacer? Escuchadme, ciudadanos. (*Designando á Rienzi*). ¡Sed su pueblo, y él sea rey!

TODOS.—¡Gloria á ti, Rienzi, nuestro rey!

ADRIANO.—Momento fatal ¿qué hará?

RIENZI.—¡Qué oigo! ¡rey! ¡vana quimera! No un rey, el senado ha de gobernar el nuevo Estado. No aspiro al brillo de las falaces grandezas. Nombradme tribuno, como en tiempo de vuestros padres.

TODOS.—¡Gloria á Rienzi! ¡gloria al tribuno del pueblo-rey! Bajo tu ley renace un pueblo; Roma volverá á ser lo que fué. Sepamos reconquistar nuestro puesto; verteremos toda nuestra sangre. ¡Afrenta y maldición al que venda el santo pacto que nos une! ¡Hay que combatir, sin temor, para ser de nuevo un pueblo rey! (*El pueblo rodea á Rienzi.—Cae el telón.*)